

CARTAS PARA MEMORIA DE LA FE
UNA VIUDA CON CARÁCTER
 29º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO - Ciclo C 2019

Lucas 18,1-8

*Sobre la necesidad de orar siempre **sin desfallecer jamás**, Jesús les dijo esta parábola:*

*"Había en una ciudad un juez que **no temía a Dios ni respetaba a los hombres**. Una **viuda**, también de aquella ciudad, iba a decirle: **Hazme justicia** contra mi enemigo.*

*Durante algún tiempo no quiso; pero luego pensó: Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, le voy a hacer justicia para que esta viuda me deje en **paz** y no me moleste más".*

Y el Señor dijo: "Considerad lo que dice el juez injusto.

*¿Y no **hará Dios justicia** a sus elegidos, que claman a él día y noche? ¿Les va a hacer esperar? Yo os digo que les hará justicia prontamente. Pero el hijo del hombre, cuando venga, ¿encontrará **fe en la tierra**?"*

Amigos, amigas:

Ya sabéis lo que es el **carácter**. Carácter es mantenerse firme – convicción, deseo, derecho, proyecto, empresa... - frente a la realidad, una realidad que puede resistirse con toda su fuerza. En el texto que acabas de leer, una viuda defiende con carácter su derecho y se enfrenta a un juez sin escrúpulos que se niega a hacerle justicia. Jesús pone a esta mujer como ejemplo de **oración-plegaria**.

Pero quizá la pregunta que sigue ha sido alguna vez de muchos de nosotros.

¿Dios “se hace de rogar”?

Nos quejamos a veces de que Dios nos hace poco caso. O ningún caso. El evangelio de hoy parece que nos da la razón. Si Jesús llama la atención sobre la necesidad de perseverar cuando pedimos algo a Dios (o a algún intercesor delegado suyo), pensamos que será porque ha oído protestas de gente que está enfadada. Enfadada porque no consigue que Dios haga lo que ellos quieren. Eso pasa también ahora. Si Dios todo lo puede, (es *Todopoderoso*, decimos en el Credo) no comprendo por qué no hace lo que quiero. Porque, después de todo, lo que quiero no es ningún capricho. Pido lo justo: salud, libertad, trabajo, la solución del problema, que mi hija gane las oposiciones...

En esto de pedir nos parecemos a los niños. Sería terrible que los padres cumplieran cualquiera de los deseos de sus pequeños, cuando éstos todavía no distinguen bien entre un pan y una piedra, o entre un huevo y un escorpión. ¡Pobres de nosotros si Dios perdiera la paciencia y acabara

cediendo a cualquier petición nuestra! *No sabéis lo que pedís*¹, dijo Jesús a una señora que le pedía la reserva de los mejores asientos para sus dos hijos en el festín del Reino (los que oyeron el atrevimiento, enseguida empezaron a protestar). ¿Pero sabemos bien qué es lo que realmente queremos?

La viuda de la parábola, indefensa y a merced de un juez sin escrúpulos, sí sabía lo que necesitaba: que se le hiciera justicia.

La perseveración y el deseo

Recitar mecánicamente una plegaria, las veces que sea, sin **desear** de veras lo que pedimos y sin **hacer** lo que está en nuestras manos, eso no es orar. La sinceridad del deseo se demuestra en la acción. Pedir la paz, sin desearla de veras y sin poner paz allí donde está el pequeño mundo de cada uno, eso no es orar con perseverancia. Hay plegarias vacías y muy poco religiosas, cuando estamos esperando que Dios haga lo que nuestra pereza se niega a hacer.

No hay que confundir perseverancia con lo que los expertos en conductas raras llaman **neurosis de repetición**. Jesús mismo habló sobre el modo de rezar que se parece a una *vana palabrería de los gentiles*, es decir, pensando que por simple repetir y repetir la petición, el resultado feliz de la plegaria está asegurado.

Sobre la sinceridad del deseo dice San Agustín en una de sus Cartas: *Nuestro Dios y Señor no pretende que le descubramos nuestros deseos, pues él ciertamente no puede desconocerlos, sino que pretende que, por la oración, acreciente nuestra capacidad de desear, para que así nos hagamos más capaces de recibir los dones que nos prepara.*

Si mi oración se centra en Dios, y no en la ansiedad de mis propios deseos y urgencias; si mi oración accede a compartir la mentalidad de Dios [*Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos*², dice Dios en boca del profeta], entonces mi oración renuncia a todo cálculo o medida de tiempo.

Tiempo del hombre, tiempo de Dios,

Perseverancia es el **tiempo del hombre** en la sucesión de los días, las noches y los horarios; la viuda ha ido un montón de veces al juzgado, ha molestado y agobiado al juez, hasta ablandarlo. Es el **tiempo del que ora**. Y la **no tardanza** es el **tiempo de Dios**; y creer en el tiempo de Dios. Dios no se hace de rogar. El que tiene fe piensa: dale tiempo a Dios, su tiempo. Es el tiempo del juez-Dios. Ambas expresiones han de conciliarse y esa conciliación es parte de la fe y su paradójica función. La fe sabe conciliarlas, van juntas, la fe es **paciente** y **testaruda**. ¿Por qué parece que tarda? No sabemos. Tal vez el cumplimiento se hace en la cuenta de todas las circunstancias, espera la

¹ Mateo 20, 22

² Isaías 55. 8-9

convergencia de más de una cosa, incluso la propia madurez en el desear y el pedir.

Una oración **sincera** se cumple de inmediato, *sin tardanza*. Y enseguida, hecha la petición, hay que dar gracias, la respuesta de Dios se ha cumplido. *Sin tardar*. Eso es lo que pide Jesús que creamos. Y no puede ser otra la oración del que ora con fe.

Oíd a la viuda que lucha por sus derechos

*Hola, amigos. Soy la viuda. Dadas las circunstancias y el resultado de la historia, soy lo que vosotros llamáis una mujer con **carácter**. Deberíais saber lo que es para una mujer moverse entre hombres, sobre todo al reclamar sus derechos. Menos llevar hijos en su barriga, ellos lo han hecho todo, en particular han hecho las **leyes**. Y ellos las interpretan, y las administran. Y aquí me tenéis, pidiendo al juez que me haga justicia. Es **mi** derecho. Pero es él, no yo, el administrador de mi derecho. Sólo puedo reclamar. Una vez, dos, tres, ..., casi he perdido la cuenta. Y él a lo suyo. **Remolón**... No respeta a Dios, no respeta a la misma Ley y, sobre todo, no respeta a las personas, en particular si son **mujeres**. ¡Ay, la mujer y la Ley! Tengo que decir que **Jesús** me cae bien. Incluso pienso que es profeta. Uno con la verdad por delante, en los hechos más que en el palique. He sabido lo de la casada que se ha liado con otro. La han arrastrado tirando de sus cabellos hasta los pies de Jesús. Ellos, los de la Ley. Y se abre el juicio: “Ésta ha sido pillada in fraganti. **Adulterio** sin atenuantes. La Ley es clara. Debe morir a **pedradas**. ¿Qué opinas del caso?” Y Jesús de entrada se pone misterioso. Escribe en el suelo... “Palabras en la arena”, dice un señor del teatro. Pausa, silencio. Los de la Ley insisten con la pregunta, y es seguro que conocen a Jesús, poco propenso a condenar. Y Jesús suelta la sentencia: “**El que esté sin pecado que empiece a tirar piedras a la mujer**”.*

*Ya se ve que el profeta conoce la vida, también la vida de los leguleyos, que saben decir una y otra vez a los demás **lo que tienen que hacer**. ¿Lo hacen ellos?*

*Y cunde el silencio. Es un silencio de bochorno. Y empieza el desfile... Se van. Salvo uno – dice el señor del teatro -, uno joven, poco tiempo casado, e inocente según grita: “Yo estoy limpio”. Jesús se acerca, lo mira a los ojos y lo llama ¡**Asesino!** Un poco arrebatado y burlón - ¿Yo asesino?-, el joven se da la vuelta y se va para casa.*

*Lo que os digo ahora, cómo termina todo, lo sé de oídas, hay algo de literatura, pero muy instructiva. El recién casado llega a su casa y sorprende a su mujer en plena faena con otro. El arrebatado de antes se convierte ahora en rabia y golpea a su mujer hasta **matarla**. Pero el desahogo de la venganza ha devuelto una terrible **serenidad** a su memoria: “**Me llamó asesino, mirándome con sus bellos ojos**”.*

Os cuento esto para que veáis cómo son las cosas. Cierto que mi caso es otro. Estoy ante un juez. Y salgo con la mía. ¿Pero os dais cuenta, lo que cuesta a una mujer hacer valer sus derechos?

*Volviendo a Jesús, a quien sinceramente admiro y es para amarlo. Él amaba a las mujeres y se batió por ellas. Recordad a aquella prostituta que se acercó a él en medio de una comida de caballeros, le lavó los pies con sus lágrimas y los secó con sus cabellos...Y empezaron a murmurar los comensales..., Jesús salió **en defensa de ella**...*

*Intento comprender cómo compara a Dios con ese juez tan sin escrúpulos. De modo que la mujer ha de reiterar la petición de que haga justicia. No se trata de un regalo, sino de una deuda. El juez me debe justicia. ¿Está Dios en deuda conmigo? ¿Necesita ser movido en su inacción? ¿O la reiteración en pedir quiere precisamente moverme a mí misma y elevar la **autenticidad** de la plegaria?*

Bernardo Beny

CITAS Y LECTURAS MEDITATIVAS

Una viuda y el juez

El profeta Isaías grita: *Abogad por las viudas* (1, 17)... Ahora bien, la petición de la viuda cae una y otra vez en saco roto: al juez no le importan ni el mandato de Dios ni el bien de las personas. Que él ceda por fin se debe sólo al deseo de quitarse de encima a una mujer que lo enerva y no lo deja en paz.

Es una comparación chocante al servicio de la relación del hombre que ora a Dios. Pues no nos satisface reducir toda la “moral del relato” a la perseverancia. ¿Es escuchado el que reza durante mucho tiempo? La realidad indica lo contrario. Además en tal interpretación resulta perturbador asociar a Dios al papel que desempeña el juez. ¿Desde luego que Dios es otro, completamente distinto! El evangelio justamente contrapone a Dios con el juez. En el texto griego original, esta diferencia se expresa con una corta palabra – “pero”- que no aparece en la traducción: *“Considerad lo que dice el juez injusto. ¿Pero no hará Dios justicia a sus elegidos, que claman a él día y noche? ¿Les va a hacer esperar? Yo os digo que les hará justicia prontamente* (Lucas 18, 7)...

Para no perder esta fe, esta confianza, o para reencontrarla, para no perder la confianza en Dios a la vista de lo que los hombres se hacen unos a otros, ayuda “orar en todo tiempo” (Lucas 18, 1): para permanecer en relación con Dios y para mantener el propio horizonte abierto a la divinidad de Dios.

R. Kern